

De Nador a Lesbos: una mirada a la violencia sexual contra las mujeres ilegalizadas en las fronteras de Europa¹

Jane Freedman² & Elsa Tyszler³

Resumen: En este texto se propone abordar, mediante un diálogo entre dos estudios de casos, la cuestión de las condiciones de producción de la violencia sexual contra las mujeres ilegalizadas en las fronteras de Europa. Sobre la base del ejemplo de las islas de Lesbos y Kos (Grecia) estudiado por Jane Freedman y el de Nador (Marruecos) por Elsa Tyszler, la principal idea desarrollada es que las políticas migratorias europeas refuerzan la violencia contra las mujeres en migración/exilio y en particular la violencia sexual. Estudios cualitativos de las condiciones de la aparición y del mantenimiento de esa violencia en las fronteras, con las mujeres afectadas, lo demuestran.

Introducción: cómo las políticas europeas producen violencia de género en las fronteras

La violencia que sufren las personas que emigran a las fronteras de Europa es un producto directo de las políticas migratorias europeas: políticas que tratan de limitar el acceso al territorio europeo a las personas “deseadas”, es decir, a las personas elegidas en función de categorías raciales, de género y de clase. Para comprender estas políticas de control de la migración, es necesario situarlas en el contexto histórico de la colonización, la esclavitud y las relaciones globales de dominación entre el Norte y el Sur⁴ (Walia, 2013; Woods and Saucier, 2015; Danewid, 2017; Tyszler, 2019). La violencia racista y sexista en las fronteras de Europa no es “nueva”, como explican Saucier y Woods (2014: 64, traducción libre): “la cuenca del Mediterráneo ha sido una crisis permanente para los negros durante la mayor parte de los milenios pasados y presentes”. Pero desde la construcción de la Unión Europea (UE), podemos observar una aceleración en la securitización o incluso la militarización de las fronteras, con importantes consecuencias para la seguridad de las personas de las antiguas colonias que intentan llegar a Europa. Las sucesivas políticas de la Unión Europea han aumentado el presupuesto del organismo de control de fronteras y han establecido programas de asociación con países vecinos para capacitar y equipar a los guardacostas y ofrecer a esos países importantes incentivos para mantener a las personas migrantes “en tránsito” en su territorio e impedir que lleguen a Europa. En Marruecos, la externalización de las políticas migratorias europeas desde finales de los años noventa (El Qadim, 2015) ha creado una situación de violencia sistémica contra ciertas personas migrantes, es decir, la aplicación de una verdadera necropolítica (Mbembe, 2006), en particular en las zonas fronterizas de Ceuta y Melilla (Tyszler, 2019b). Los llamados migrantes “subsaharianos” – una categorización racial que designa a las personas del África central y del oeste – han sido objeto de la atención política creciente que se ha materializado en la militarización de la periferia de los enclaves, el uso de

¹ Referencia: Tyszler, E. & Freedman, J. (2021). De Nador a Lesbos: una mirada a la violencia sexual contra las mujeres ilegalizadas en las fronteras de Europa, In *Género y moviidades: Lecturas feministas de la migración*, A. Cortés & . Manjarrez eds., Peter Lang (pp.355-374)

² Jane Freedman es profesora de sociología en la Universidad de París 8 y directora del equipo de género, trabajo y movilidad del Centro de Investigaciones Sociológicas y Políticas de París (CRESPPA).

³ Elsa Tyszler es doctora en sociología e investigadora posdoctoral en el Centro de Investigaciones Sociológicas y Políticas de París (CRESPPA).

⁴ Retomando la reflexión de Chandra Mohanty (2003), nos referimos al sur y al norte, no en un sentido geográfico sino en un sentido político.

la fuerza y las devoluciones sumarias para frenar sus intentos de entrar. Asimismo, el acuerdo UE-Turquía de marzo de 2016 estableció un sistema en el que teóricamente todo/as lo/as migrantes que llegaran a Grecia sin autorización son devueltos a Turquía. A cambio, la UE (como en el caso de Marruecos) prometió a Turquía grandes sumas de dinero y un acuerdo para facilitar la entrada de los ciudadanos turcos en Europa. En la práctica, no se ha producido la devolución masiva de migrantes a Turquía desde las islas griegas, pero el acuerdo entre la Unión Europea y Turquía ha tenido el efecto de bloquear a personas en las islas e impedirles continuar su viaje a Atenas y luego al resto de Europa. Esta contención de las personas migrantes/exiliadas en las islas griegas se planeó para desalentar a otros de intentar el viaje a Europa (Dimitriadi 2017; Valenta y otros 2019).

La llegada o el intento de llegada de millones de personas migrantes/refugiadas⁵ a Europa desde 2015 ha dado lugar a un aumento del número de muertes en el mar y en las fronteras de la UE, y a un empeoramiento de la situación humanitaria de muchas personas que se encuentran en condiciones precarias, peligrosas e insalubres. El enfoque de seguridad de la migración y los continuos intentos de la UE de cerrar las fronteras y evitar ciertas llegadas no han detenido el movimiento de las personas, sino que las han obligado a utilizar rutas cada vez más costosas y arriesgadas para intentar llegar a Europa en busca de protección (Andersson, 2016). La creciente inseguridad de las personas que buscan migrar o refugio no ha afectado a toda/os por igual. Si bien la violencia es un elemento constante en el viaje de las personas en migración/exilio, las mujeres se enfrentan a mayores riesgos de violencia sexual y de género. Las interconexiones entre el género, la migración, la violencia y la inseguridad han sido puestas de relieve por investigaciones realizadas en diferentes regiones del mundo (Marchand, 2008; Freedman, 2012b). Los diferentes factores de empuje y atracción, los regímenes de control de la migración y las condiciones sociales y económicas de los países de origen, tránsito y destino crean diferentes tipos de inseguridad y violencia para hombres y mujeres⁶, según su posición social y económica y las relaciones de poder entre ella/os. Como argumenta Marchand: “No hace falta decir que el vínculo entre la migración y la violencia es específico del género. Los hombres y las mujeres se ven afectados de manera diferente y la violencia a la que están expuestos está relacionada con su posición en relación con el nexo entre migración y violencia” (Marchand, 2008: 1387, traducción libre). Desde 2012, Jane Freedman pone de relieve el carácter de género de la inseguridad que experimentan las personas exiliadas que tratan de llegar a Europa (Freedman, 2012b, 2016, 2018, 2019). En otros trabajos sobre el espacio mediterráneo también se han estudiado las dimensiones de género – y racializadas – de las prácticas fronterizas y sus efectos en las personas (Gerard & Pickering, 2014; Bosworth y otros, 2018; Tyszler, 2018, 2019ab). Los estudios de Françoise Guillemaut (2008), Rutvica Andrijasevic (2014) y Nicola Mai (2014), entre otros, sobre los trabajadores sexuales migrantes y las minorías sexuales y de género han estudiado la dinámica de la construcción de figuras racializadas y de género como víctimas “puras” que sirven para legitimar, bajo el disfraz del humanitarismo, las políticas migratorias represivas. En otros lugares también se han movilizad las teorías feministas para estudiar la migración femenina y las situaciones fronterizas desde una perspectiva de género, como en las Américas (Falcón, 2006; Basham & Vaughan-Williams, 2013; Sánchez, 2016; Cortés, 2018; Manjarrez Rosas, 2018; entre otros), en Australia (Pickering & Cochrane, 2013, por ejemplo) o en África (Hiralal & Jinnah, 2018, por ejemplo).

⁵ Los dirigentes políticos insisten a menudo en una categorización y una separación rígidas entre refugiados y migrantes para subrayar que sólo se debería permitir la entrada en Europa a los refugiados “reales”. Sin embargo, se ha demostrado que esas categorizaciones son contraproducentes en muchos casos (Long, 2013), y varia/os investigadora/es han pedido que se revise esa distinción y se abandone ese “fetichismo de la categorización” (Crawley y Skleparis, 2018).

⁶ Somos conscientes de los límites de la binaridad de género que se propone aquí. Pero nuestro trabajo no ha estudiado, o no lo suficiente, las experiencias de las personas LGBTQ*.

En 2015, más de un millón de personas llegaron a la UE para pedir asilo, y miles murieron en el camino. Desde entonces, el número de llegadas ha disminuido, pero todavía hay varios miles de personas tratando de hacer este viaje cada vez más peligroso, cada día. Todavía no hay estadísticas precisas sobre el número de mujeres entre estas personas, y un problema persistente es la tendencia a proporcionar estadísticas que agrupan a “mujeres y niños”, una categorización que ha sido criticada por las feministas durante muchos años (Enloe, 1990) porque reduce a las mujeres a la condición de niños, quitándoles su independencia y autonomía como adultos. Las estadísticas disponibles muestran que las mujeres representan alrededor del 20% de las personas que llegan a Europa en barco (ACNUR, 2020). Cada vez más mujeres llegan también solas, o con sus hijos, sin pareja o compañero masculino (Freedman, 2016). Muchas de esas mujeres huyen de las formas de violencia o persecución basadas en el género en sus países de origen, y también son particularmente vulnerables a la violencia de género cuando viajan a Europa y llegan a ella. Su vulnerabilidad a la violencia no es intrínseca a su sexo, sino que se crea por las condiciones de la migración y se ve exacerbada por las políticas de la UE. La intensificación de las políticas de externalización a Marruecos y de la represión de ciertas migraciones, así como el cierre de muchas fronteras en la llamada ruta de los Balcanes y el acuerdo UE-Turquía de marzo de 2016 han reducido aún más las posibilidades de las personas que buscan la movilidad o el exilio para llegar a la UE y las han obligado a utilizar rutas aún más peligrosas y difíciles (Lovertt, Whelan y Rendon, 2017), como la ruta Libia-Italia.

Los regímenes de violencia contra las personas en migración/exilio en las fronteras de Europa son el producto de las políticas aplicadas, pero también de una serie de agentes que participan directa o indirectamente en su aplicación o en su evitación. Según la investigación realizada en Marruecos y en los enclaves de Ceuta y Melilla, el número de mujeres que testifican sobre la violencia sexual cometida en el camino y durante el bloqueo en las fronteras por “hombres en uniforme” (militares, policías) o civiles (locales o migrantes) deja claro que la violencia sexual contra las mujeres migrantes no es residual ni ocasional, sino más bien sistémica en el contexto de la movilidad obstaculizada por políticas de seguridad (Tyszler, 2018, 2019ab). En las islas griegas la situación es comparable, ya que las mujeres denuncian los actos de violencia sexual cometidos por las fuerzas del orden (policía, guardias fronterizos) en el camino y después de la llegada, así como por los civiles, trabajadores humanitarios y otros migrantes en los campos (Freedman, 2016). Esta sistematización de la violencia se explora en el resto del artículo. Primero presentaremos los diferentes actores y lugares de la violencia sexual, antes de referirnos a las estrategias de las mujeres para resistirla. En la encrucijada entre sociología de las migraciones y estudios de género, el texto se basa en los relatos y la información reunidos por las autoras en el curso de sus investigaciones – en Marruecos y en los enclaves de Ceuta y Melilla entre 2015 y 2017; en las islas griegas de Lesbos y Kos entre 2015 y 2018 – mediante observaciones etnográficas y entrevistas con personas migrantes/exiliadas, ONG y asociaciones de apoyo a la/os migrantes, autoridades políticas nacionales y organizaciones internacionales.